

# ÍNDICE

*Palabras de SS Benedicto XVI*.....11

## **Domingo 21 de febrero**, primero de Cuaresma

*Introducción a los Ejercicios Espirituales*

1. «Dame, Señor, un corazón que escuche» (cfr. 1 Re 3, 9) ..... 14

## **Lunes 22 de febrero**, Fiesta de la Cátedra de san Pedro

*Jornada de oración por las vocaciones sacerdotales*

2. El método de nuestros Ejercicios: la lectio divina,  
escuchando a los Padres de la Iglesia ..... 26

3. El primer acto de las historias bíblicas de vocación:  
la llamada de Dios (cfr. 1 Re 19, 121) ..... 43

4. Primera «medalla sacerdotal»:  
algunos Padres, hasta san Agustín ..... 52

## **Martes 23 de febrero**, Memoria de san Policarpo

*Jornada de oración por los misioneros*

5. El segundo acto de las historias bíblicas de vocación:  
la respuesta del hombre (cfr. Mateo 7, 24-27) ..... 70

6. El tercer acto de las historias bíblicas de vocación:  
la llamada y la respuesta son para la misión (cfr. Mateo 18) ..... 80

7. Segunda «medalla sacerdotal»: el santo Cura de Ars ..... 87

## **Miércoles 24 de febrero, feria**

### *Jornada penitencial*

8. El cuarto acto de las historias bíblicas de vocación:  
la tentación, la duda, las resistencias también  
forman parte de nuestra historia (cfr. Marcos 1-8) ..... 102

9. Siempre pecadores y siempre perdonados:  
para celebrar el Sacramento de la Reconciliación  
(cfr. Lucas 7, 36-50 y Gálatas 5, 1.13-25) ..... 112

10. Tercera «medalla sacerdotal»:  
el Cura rural de Georges Bernanos ..... 122

## **Jueves 25 de febrero, feria**

### *Jornada cristológica*

11 y 12. Historias de vocación de  
los primeros apóstoles (cfr. Juan 1, 35-51) ..... 134

13. Cuarta «medalla sacerdotal»:  
el Venerable Siervo de Dios don Giuseppe Quadrio ..... 156

## **Viernes 26 de febrero, feria**

### *Jornada mariana*

14. El Magnificat de María (cfr. Lucas 1, 46-55) ..... 170

15. El quinto acto de las historias bíblicas de vocación:  
la confirmación de Dios (cfr. Lucas 1, 26-38) ..... 187

16. Quinta «medalla sacerdotal»:  
el Venerable Siervo de Dios Juan Pablo II ..... 198

## **Sábado 27 de febrero, feria**

### *Conclusión de los Ejercicios Espirituales*

17. La llamada de los primeros «diáconos»  
(cfr. Hechos 6, 1-6) ..... 214



Al Reverendo

Don Enrico DAL COVOLO S.D.B.

Con sentimientos de cordial gratitud, deseo expresarle, querido Hermano en el Sacerdocio, mi más sincero aprecio por el generoso servicio que nos ha hecho a mí y a mis Colaboradores de la Curia Romana con ocasión de los Ejercicios Espirituales, que, como es costumbre, marcan el inicio de la Cuaresma en el Vaticano. Acudiendo a amplios conocimientos bíblicos, patrísticos y hagiográficos, nos ha conducido a una honda reflexión sobre el tema “Lecciones de Dios y de la Iglesia sobre la vocación sacerdotal”, en perfecta sintonía con el Año que la Comunidad cristiana está celebrando.

Mediante el método de la *lectio divina*, nos ha ilustrado con lenguaje convincente la vocación sacerdotal, siguiendo las etapas típicas de los relatos bíblicos de vocación: la llamada de Dios, la respuesta del hombre, la misión que Dios confía al llamado, las resistencias del llamado, la confirmación tranquilizadora por parte de Dios. Al mismo tiempo, nos ha presentado, con abundancia de detalles, las figuras de celosos sacerdotes que vivieron

con generosa fidelidad su ministerio y constituyen para cada llamado modelos luminosos que imitar.

Hemos sido impelidos, además, a redescubrir la dimensión contemplativa en nuestra vida de ministros de Dios, privilegiando el encuentro íntimo con Cristo, a cuyo amor el sacerdote no debe anteponer nada. En tal perspectiva, estos días de recogimiento y de intensa oración nos han ayudado a considerar con creciente conciencia la gracia del Sacerdocio ministerial, como don admirable e impresionante tarea.

Querido Hermano, a lo largo de los Ejercicios Espirituales nos ha ofrecido el fruto de sólidos estudios y de una profunda experiencia espiritual, pero, sobre todo, nos ha proporcionado un gozoso testimonio de servidor fiel de la Palabra, que Usted, tras las huellas de san Juan Bosco, ha aceptado dispensar a todos, también al Sucesor de Pedro, con competencia, sencillez y creatividad.

Renovándole los más vivos agradecimientos, también en nombre de cuantos se han beneficiado de sus ricas e incisivas meditaciones, le aseguro a Usted y a su ministerio un particular recuerdo en la oración y, mientras invoco la protección materna de María Auxiliadora, de corazón le imparto una especial Bendición Apostólica, que extendo gustosamente a sus Hermanos y a sus seres queridos.

*Vaticano, 27 de febrero de 2010*

*Benedictus PP XVI*

## *Introducción a los Ejercicios Espirituales*

### «DAME, SEÑOR, UN CORAZÓN QUE ESCUCHE...»

1. Hemos escuchado un fragmento de la Escritura extraído del primer Libro de los Reyes, expresamente elegido como introducción a nuestros Ejercicios Espirituales.

Salomón, acogiendo la invitación del Señor, formula la petición de ese don que –al comienzo de su ministerio real– considera el más importante de todos: “Concede a tu siervo –así reza el joven rey– un corazón dócil, para que sepa hacer justicia a tu pueblo...” (1 Re 3, 9).

De esta manera –tal como hemos escuchado– suele traducirse nuestro pasaje a los idiomas modernos.

Pero una traducción más fiel del texto original debería decir: “Dame, Señor, un corazón que escuche...”.

El “corazón dócil” es sólo una consecuencia. En realidad, Salomón pide ante todo a Dios un “corazón que escuche” (*leb shomea'*. Nótese aquí la misma raíz de *shema'* – “¡escucha!”: “¡Escucha, Israel!”, ¡escucha, pueblo mío!).

Y el Señor muestra el agrado que le produce la petición de Salomón concediéndole ese don, junto a muchos otros dones más.

2. La petición de Salomón –“Dame, Señor, un corazón que escuche”– representa indudablemente nuestro estado de ánimo de esta tarde. Cada uno de nosotros podría repetir con Salomón: “¡Dame, Señor, un corazón que escuche!”.

Haz que acoja a fondo lo que Tú vas a decirme es estos días... ¡Sé Tú, Señor –sólo Tú–, mi Maestro interior!

3. A la petición de Salomón –“Dame, Señor, un corazón que escuche”– desearía añadir otra petición: la que los discípulos formularon un día a Jesús.

Maestro, le pidieron, “enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos” (*Lucas 11, 1*).

También nosotros, esta tarde, lo reconocemos humildemente:

“Señor, yo no soy capaz de orar...

¡Hazme Tú capaz de hacerlo!

Sólo Tú, Señor, sabes orar.

Tú oraste en el monte, por la noche.

Oraste en las llanuras de Palestina.

Oraste en el huerto de tu agonía.

Oraste en la Cruz.

Sólo Tú, Señor, eres maestro de oración:

Maestro, ¡enséñanos a orar!”.

4. Por mi parte, estoy seguro de que el Señor no permanece insensible ante estas dos peticiones, si se las formulamos con sincero corazón.

Más aún, me parece que Él mismo nos responde, esta tarde, con una expresión que se encuentra en el capítulo sexto de san Marcos.

Los discípulos han regresado, cansados, de la misión: más o menos como nosotros, que quizás llegamos a esta cita de los Ejercicios Espirituales en el Vaticano fatigados de las miles de exigencias del trabajo pastoral.

Y entonces el Señor para a los discípulos, los reúne a su alrededor y les dice, con desarmante dulzura: “Venid aparte, vosotros solos, a un lugar desierto, y descansad un poco” (*Marcos 6, 31*).

Es como si el Señor nos dijese: “Deteneos conmigo... Imitad mi manera de orar; ¡pedidme, como yo hago cuando hago oración!”.

#### 5. Santidad, venerables Padres y queridos Hermanos.

Me permito invitaros rápidamente a un robusto acto de fe, sin el que nuestros Ejercicios quedarían estériles, ineficaces.

Si estamos hoy aquí, recogidos en esta espléndida Capilla dedicada a la Madre del Redentor, todo esto no sucede por casualidad, ni en vuestro caso ni en el mío.

En verdad, tal como veremos en estos días, que para quien observa con una mirada de fe la historia de su

propia vocación, nada –absolutamente nada– sucede *por casualidad*.

El Señor mismo es quien nos ha convocado –Él, nuestro Maestro–: su Rostro amado campea en el techo de esta capilla.

Justo Él, el Señor Jesús, nos ha dirigido una invitación estrictamente personal. Nos ha dicho, con infinita dulzura: “Ven conmigo, tú solo, y descansa un poco...”.

El Maestro nos invita a subir al monte, junto a Pedro, Santiago y Juan, para transfigurarse ante nuestros ojos, y para darnos un anticipo de la visión que de Él tendremos.

Luego, al finalizar estos días, bajaremos del monte para reemprender nuestro camino, pero con más ánimo y con más esperanza.

6. La cuestión es que demasiadas veces nos dejamos atrapar *por la costumbre de las cosas*.

Ya lo advertía Shakespeare: “La costumbre es ese monstruo sutil que reduce a polvo hasta los mejores sentimientos”.

Así, somos capaces de recitar el *Credo* de la Misa, de principio a fin, sin advertir jamás un regusto de emoción.

También los Ejercicios Espirituales pueden caer en esta tremenda rutina. Corremos continuamente el riesgo de cierta superficialidad, de cierto formalismo.

De hecho, debemos reconocer humildemente que, en Ejercicios anteriores, muchas veces no hemos sabido

cultivar el clima adecuado para plantearnos las *preguntas acertadas*: “Dame, Señor, un corazón que escuche... Maestro, enséñame a orar”.

Aún menos, quizás, hemos cultivado el clima adecuado para acoger la *respuesta del Señor*: “Ven conmigo, tú solo, y descansa un poco...”.

7. Pero no sólo nos dejamos atrapar *por la costumbre de las cosas*.

Tal vez nos dejamos atrapar también por un peligroso *juego de papeles*. Y así, no siempre damos la debida importancia a la palabra que se nos predica.

Muchas veces –sobre todo nosotros, los sacerdotes, cuando oímos hablar a otro sacerdote– razonamos así: “¡Es su oficio! Ahora habla él, porque le toca hacer ese papel... Esperemos que, al menos, sepa hacerlo bien. Esperemos que este predicador no sea demasiado aburrido y, sobre todo, que no se alargue excesivamente”.

Porque, en definitiva, este es el pecado mortal de las *prédicas a los curas*: cuando son largas...

“En cualquier caso, ahora habla él, y yo escucho. Cualquier día nos intercambiaremos los papeles”. En resumidas cuentas, se trata de un *juego de papeles*...

¿Y si, en cambio, estos Ejercicios fueran la ocasión que el Señor tiene preparada para mí desde hace mucho tiempo? ¿Y si la palabra, que se me predica esta semana, fuese realmente esa invitación personal que el Señor

quería hacerme, para que yo me convierta a Él con más determinación, de una vez por todas?

8. En ocasiones, en efecto, el predicador se arriesga a hacer el papel de *payaso*.

A este propósito, querría contaros un episodio. No estoy muy seguro de que haya sucedido en la realidad. Lo leí por vez primera en un libro que me acompaña desde hace muchos años, *Introducción al cristianismo*, escrito por el entonces don Joseph Ratzinger.

Pero dejad que os lo cuente a mi manera.

En una zona esteparia del Norte de Europa se instala un circo. Todo está a punto para la representación vespertina.

De repente, la gran carpa del circo se incendia. El director comprende que, por desgracia, ya no hay nada que hacer, al menos por lo que se refiere al circo. Pero a la vez se da cuenta de que el desastre puede ser mucho más grave: si el fuego se propaga a la campiña de alrededor y llega hasta la aldea cercana, toda ella de casas de madera, aquello puede convertirse en un auténtico infierno.

No se lo piensa dos veces. Para a la primera persona que se encuentra. Es el *payaso*, perfectamente caracterizado para la función circense: la nariz roja en plena cara, el maquillaje ya untado en las mejillas, los pantalones bombachos de media pierna... El director le dice, agobiado: “¡Vete al pueblo a todo correr y di a la

gente que venga a apagar el incendio!”.

El *payaso* comprende la urgencia del momento, y enseguida se pone a correr, a la desesperada.

Llega todo sofocado y sudoroso a la plaza del pueblo. “¡Gente, corred! –empieza a gritar–. ¡El circo se está quemando!”.

Poco a poco los aldeanos comienzan a acercarse, en la plaza, y forman casi un círculo a su alrededor. Pero nadie se mueve. Es más, todos parecen divertirse de lo lindo.

“Os insisto–suplica desesperado el *payaso*– en que debéis correr... ¡Venid a apagar el fuego!”.

Y rápidamente una risa moderada comienza a extenderse por todo el círculo de gente, hasta transformarse en una risotada imparable. Porque la gente piensa: es evidente que el circo no se está quemando. Este *payaso* ha inventado una brillante estratagema para llevarnos a todos a la función de esta tarde. “¡Pero mira qué bien sabe cumplir su papel! –comentan entre ellos: ¡Casi parece hasta cierto lo que dice!”.

El pobre *payaso*, que se daba cuenta del equívoco, tenía más ganas de llorar que de reír. De hecho, las lágrimas le corrían por las mejillas, y se empastaban de modo grotesco con su maquillaje: de ahí que, cuanto más lloraba y se agitaba, más reía la gente.

Al final, el fuego del circo se propagó a la campiña herbácea y llegó al pueblo, que fue pasto inmisericorde de las llamas.